



Consagrada Imagen de Jesús Nazareno de La Merced

Guatemala, Cuaresma 2010

No.
35

Con el Señor de La Merced

Orlando Aguilar s.j.

Portada

Jesús de La Merced en procesión por el interior del convento de la iglesia
Velación del 2 de agosto del 2009
Fotografía: Salvador Ruiz



Este folleto se publica anualmente desde 1976
Ejemplar del año 2010: No. 35

Arturo Zepeda Aldana
Encargado General del Culto a Jesús Nazareno de La Merced y Equipo Coordinador.
5a. Calle 11-67 Zona 1. Guatemala.
Jesusdlmerced@yahoo.com www.jesusnazareno-parroquialamerced.org

Impresión del folleto: Colaboración de la Fundación María Luisa Monge de Castillo
Litografía: Litho Press, S. A.

Orlando Aguilar s. j.



CUARESMA 2010



Jesús de La Merced. Fotografía de las décadas 30 ó 40 del siglo pasado, utilizada en turnos de Viernes Santo en los años 1955, 1956, 1957 y 1963.
Cortesía de la familia Ortiz Sobalvarro

PRESENTACIÓN

En la iglesia La Merced, el inicio de la cuaresma del año pasado coincidió con el cambio de párroco. Justamente el 1 de Marzo, primer domingo de cuaresma, tomó posesión como párroco el padre Orlando Aguilar s.j.

El padre Luis Gutiérrez había servido ese cargo en diferentes períodos, esta última vez durante siete años. Con gratitud lo recordamos desempeñándose en el complejo servicio que ofrece esta parroquia, tan destacada en la vida capitalina y como un celoso apoyo al culto de Jesús Nazareno de La Merced.

El padre Orlando Aguilar s.j. ha tenido en el 2009 su primera experiencia cercana a Jesús de La Merced, la Virgen de Dolores y la trascendencia que estas imágenes le imprimen a la Semana Santa guatemalteca. Él trae hondas raíces que lo identifican con las tradiciones religiosas y, en La Merced, se ha iniciado con interés por todo lo que concierne a las actividades cuaresmales, particularmente de Jesús Nazareno. Él mismo es quien lo expresa vivamente en el contenido del folleto que ofrecemos este año. Lo precede con un poema de José María Nieto.

Con la honda impresión de la Semana Santa vivida cerca de Jesús de La Merced y la Virgen de Dolores, y confundiéndose entre sus devotos, el Padre Orlando valora los sentimientos del pueblo y la riqueza de nuestra tradición. Vive esta experiencia de cara a las crisis que nos rodean y percibiendo la sufriente existencia de tantas y tantas personas; de tantos guatemaltecos. Nos pone frente a la ineludible responsabilidad del cristiano que hoy quiere ser seguidor -devoto- de Jesús, porque está en juego el cumplimiento del plan de Dios por nuestra parte.

Hace falta leer el contenido del folleto para que cada lector saque su propia lección y aceleremos pasos de autenticidad cristiana. Esto será tomar en serio a Dios, llevarlo a la vida; y también será la mejor demostración de amor y devoción a Jesús de La Merced y a la Virgen de Dolores. Al entregar este folleto, ese es el fruto que deseamos en todos los que vivimos las solemnidades de la Semana Santa guatemalteca y la triunfante resurrección del Señor.

Arturo Zepeda Aldana
Coordinador General del Culto a Jesús Nazareno de La Merced.

AL NAZARENO DE LA MERCED, CAMINANDO SOLO Y AMARRADO A LA CRUZ

Me siento como tú Jesús,
solitario y caminando,
sin ser amado y amando bajo el peso de una cruz.

Sabes que es duro Señor
ser condenado a vivir con un tierno corazón
sin nunca poder posarse en ningún amigo bueno
en quien encontrar consuelo,
que siempre pueda ayudarte y a quien inundar de amor.

Para no sentir dolor tus ojos miran sin ver,
por no sufrir otra vez la mentira y la traición.

Haz que siempre mi mirada vaya a todos con cariño.
Cuida mis ojos de niño, que no los enturbie nada.

Vas a tu cruz amarrado, es de madera labrada.
Tus devotos no querrían procesionando a tu lado mostrar la realidad amarga
del vivir de cada día.

Quiero salir a tu encuentro,
quiero cargar con mis penas,
el mal corre por mis venas,
la procesión va por dentro.

Ayúdame a llevar la cruz y a soportar esta vida,
cúrame cualquier herida, serás mi compañero tú.

**José María Nieto
15 de abril 2003**

CON EL SEÑOR DE LA MERCED

Llegué a La Merced en marzo de 2009; la primera cuaresma y por supuesto la primera Semana Santa que pasaría como párroco. Confieso que mi primera impresión fue una mezcla de asombro y extrañeza frente al culto del Nazareno. La devoción a Jesús de La Merced no se cristaliza en la imagen propiamente hablando, sino que trasciende de lo terreno y simbólico a lo sobrenatural y divino.

El Nazareno es el núcleo central de la mañana de viernes santo, dice la gente que su rostro cambia de color a medida que avanza el cortejo procesional. Esa imagen ha venido a constituir una joya valiosa de la religiosidad popular no solamente por la imagen en sí, siempre digna de veneración, sino porque además ha suscitado con su presencia una serie de reacciones religiosas y artísticas en gran parte del pueblo guatemalteco que se entrelazan vitalmente con su propia historia.

Ya su mismo traslado de la Antigua Guatemala a la nueva ciudad en el año de 1778, fue singular y sorprendente. No hay en Guatemala, un acontecimiento histórico, celebración social o política, que obtenga el amplio poder de convocatoria que tiene cada año la procesión de Viernes Santo de La Merced.

No dudo en calificarla de joya por su núcleo inicial y esencialmente religioso, y estar además adornada por rasgos característicos del alma popular guatemalteca en su dimensión artística y emotiva. Es ella un vibrante acto público de culto colectivo de todo un pueblo, y ofrece oportunidades diversas de catequización progresiva y liberadora.

Durante la cuaresma, en el templo, mis ojos contemplaron extrañados, un espectáculo conmovedor: una hilera impresionante de fieles devotos que en perfecto orden y con manifiesta devoción desfilaron ante la venerada imagen. Esa procesión silenciosa se hacía interminable durante cada viernes cuaresmal.

Me acerqué en varias ocasiones a observar detenidamente la actitud y los ademanes de aquellos fieles devotos. Su fervor era patente.

Aquello sí era de verdad devoción sincera y profunda. En aquel Viernes Santo del 2009 me fue imposible desentrañar el misterio de esa fe; ni hubo nadie que me lo explicara. Solamente el caminar silencioso de muchos hombres y mujeres durante la mañana del Viernes Santo ha sido la respuesta a mis inquietudes. Ante un hecho tan sobresaliente, repetido año con año con el mismo fervor multitudinario, sentí la necesidad

de investigar a fondo su origen, su razón de ser. Pregunté a los que me rodeaban; indagué en bibliotecas y librerías, y no quedé nunca satisfecho. No hallé la explicación completa, convincente, que yo buscaba. Todo lo que al respecto oía o leía: crónicas en los periódicos, folletos de especialistas. A mi entender, todo quedaba en la penumbra.

Solamente observando, orando y pidiendo luz a Dios he podido entender el misterio de fe y amor que rodea a tan bella imagen. Un misterio profundo de amor, respeto y admiración por el Nazareno.

Es admirable, el arte y la devoción van de la mano. Para quienes se quejan injustamente de la idiosincrasia de nuestro pueblo atribuyéndole todos los defectos imaginables, la forma en que se desarrolló esta vez la procesión de Viernes Santo, es un ejemplo reconfortante. Este ejemplo debe servirnos para reflexionar muy hondamente sobre lo que podría llegar a ser nuestra nación, dirigida con espíritu recto, con limpieza, con ausencia de corruptelas.

La tradicional procesión hizo el mismo recorrido con gente devota que guardó compostura y disciplina. Dentro del enorme conjunto se destacó lo pintoresco y atractivo de las alfombras de nuestro folklore nacional, alma del sentimiento devoto de los fieles.

Al comenzar mi gestión como párroco de La Merced, cargo que acepté por obediencia a mis superiores, doy las más rendidas gracias en primer lugar a Dios Nuestro Señor y al Señor de La Merced, que me han concedido el honor de prestar este servicio a la religión y a la Santa Madre Iglesia, de trabajar denodadamente por la dignificación de la religiosidad popular.

También agradezco muy sinceramente a cada uno de los grupos responsables de las procesiones de La Reseña, Viernes Santo, Niño de la Demanda y Resucitado su abnegada y continua labor catequética y caritativa desarrollada calladamente durante todos estos años con lo que han suplido en buena parte la labor espiritual de pastoreo que muchas veces es imposible realizar por otras ocupaciones.

De modo especial agradezco al pueblo fiel, a la feligresía de La Merced su apoyo incondicional en estos meses de inicio pastoral.

Al iniciar mi gestión impuesta por la legítima autoridad hace una año, o hablando más exactamente, encomendada por la venerable Curia Eclesiástica de Guatemala, y ratificada por mis superiores mayores, lo hago con una sincera expresión de servicio: Hágase tu voluntad Señor.



Jesús de La Merced recorrió el convento vecino a su templo el 2 de agosto del año pasado, como parte de la celebración del 292 aniversario de su consagración.

Fotografía: Wilfred Monroy.

QUÉ ES LA FE EN DIOS

En las palabras del evangelio de San Juan (1, 18) “ **A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado**”. Por otra parte, la búsqueda afanosa del rostro de Dios en la larga historia de Israel, desemboca en aquella petición de Felipe, la noche antes de morir Jesús: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”.

La respuesta de Jesús será respuesta definitiva para toda búsqueda del rostro de Dios: “¿Tanto tiempo estoy con ustedes y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 8ss)

Con esto nos encontramos preparados para sacar las conclusiones sobre nuestra reflexión. La fe es la participación en esta existencia de Jesús. (Encarnación, Cruz, Resurrección). Nuestra relación con Dios no es una relación “religiosa” con el ser más alto, más poderoso y mejor que podamos pensar - esto no es ninguna Trascendencia-, sino que nuestra relación con Dios es una nueva vida en el “existir-para-los-otros”, en la participación de la existencia de Jesús. Las tareas infinitas e inaccesibles no son la Trascendencia, sino el prójimo que en cada momento encontramos a nuestro alcance. Dios en forma humana. El “hombre-para-los-otros, por esto el Crucificado.

El amor hasta el fin, la libertad total, aun de sí mismo, la vida totalmente para los otros, es una suprema afirmación del hombre que se dio en Jesús. El Papa Pablo VI aclara: “La Iglesia tiene también ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del evangelio y tiene derecho al mismo, pues Dios **“quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”**”.

“Sensible a su deber de predicar la salvación a todos, sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas **“como ovejas sin pastor”** y repite con frecuencia su palabra: **“Tengo compasión de la muchedumbre”**”.

“Pero también es consciente de que, por medio de una eficaz predicación evangélica, debe dirigir su mensaje al corazón de las masas, a las comunidades de fieles, cuya predicación puede y debe llegar a los demás” (Evangelli nuntiandi).

Precisamente dentro del área geográfica del centro histórico de la ciudad de Guatemala, se alza risueño, acogedor, triunfal, el templo a Nuestra Señora de Las Mercedes.

Ahí está, como una demostración luminosa de los valores cristianos. Los pastores de la grey, local y muchas veces universal, que en inmensas y continuas oleadas de gentes de toda nacionalidad y condición social llega a ese recinto sagrado a empaparse de fe como por ósmosis, deben estar siempre vigilantes para defender tan rico tesoro de vida mariana y cristiana tan amenazado por pertinaces depredadores de objetos de arte.

En estos mismos días en que escribo estas líneas, he advertido a la feligresía del abuso de personas inescrupulosas que han robado piezas valiosas de este querido templo sin valorar que son parte de la historia y el patrimonio guatemalteco. Este es uno de los peligros, grave ciertamente, que se cierne sobre La Merced, y sobre los templos célebres de la cristiandad.

Pero, el más valioso de estos tesoros, ante todo, es la presencia básica y decisiva de elementos de verdadera fe cristiana....; se trata de fe verdadera en Cristo. No se trata de supersticiones, sino de lo que constituye la médula vital de nuestra religión. Este pueblo guatemalteco, vuelve sin cesar a Cristo, como mediación y sacramento fundamental.

Que hay que evangelizar esa religiosidad... es evidente; que hay que llenar de sentido todos esos signos de la religiosidad popular; innegable. Pero todo eso, puede ser exigido en nombre de la fe. La evangelización en nuestros medios populares puede y debe partir de la fe que existe realmente en el pueblo.

Las procesiones de Semana Santa son, ellas de por sí, una efficacísima catequesis de la esencia misma de la redención por Cristo crucificado en el calvario.

No es ciertamente el extraordinario valor artístico de la maravillosa talla de Mateo de Zúñiga, ni son las estremecedoras alabanzas que surgen como dardos encendidos del corazón del pueblo, o su música solemne, ni el valor sociológico y benéfico de las hermandades, lo que aquí se trata de salvaguardar, sino la vivencia profunda que el pueblo tiene periódicamente de lo más esencial de nuestra religión, y la efficacísima catequesis pública que con ella se hace cada año de la parte vital del evangelio de salvación.



Viernes Santo 10 de abril 2009. Alegoría de las andas de Jesús: Año Paulino. Dedicado a San Pablo y a conocer su enseñanza.
Fotografía: Salvador Ruiz

El que, después de tantos siglos, el turismo se aproveche ahora de su extraordinaria belleza para atraer visitantes extranjeros o nacionales, que la TV los difunda a todo el mundo, es al fin y al cabo, evitados o corregidos todos sus excesos, un medio moderno de predicar la Buena Nueva a todo el mundo, como se hace con tanto provecho con las misas pontificales en la plaza de San Pedro o con los Vía Crucis del Coliseo.

De todas formas la TV del siglo XXI no va a hacer malo, sin más, lo que durante tantos siglos ha hecho vibrar de emoción y fe a tantos pueblos en la cristiandad: la fe en Dios.

Una auténtica fe en Dios impone un comportamiento radicalmente opuesto a la inoperancia, o al conformismo comprometido con una sociedad injustamente estructurada.

La fe en Dios no es freno; es impulso constante, dinámico que desde dentro, en forma casi obsesionante, lanza al creyente a una acción verdadera para quien sabe que las cosas no van como Dios manda.

La fe en Dios no es ceguera, al contrario: es visión clara de lo que es un hermano mío, un pobre, un hambriento, tan hijo de familia como yo y como el otro, con tantos derechos como yo mismo a participar en esa herencia que Dios constituyó como masa de bienes por distribuir equitativamente entre los hermanos.

La fe en Dios, con hacernos volver los ojos a la trascendencia, nos da la perspectiva perfecta del lado de acá; no nos pone de cara a la eternidad para dar las espaldas al tiempo; no nos espiritualiza en los cielos y nos desencarna de la tierra. Todo lo contrario: encarándonos con la eternidad nos espiritualiza en el tiempo, para no convertirnos en despiadados y feroces explotadores del hambre de nuestros hermanos; sino ver en él algo más que músculos y fuerza física, admitir en él inteligencia, no olvidar su espíritu, ni deshacer su espiritualidad.

La fe en Dios nos da el espíritu vital de lo terreno, de la riqueza, de la materia misma; sólo entonces comprendemos la supremacía de la persona, pero supremacía que se mide no en cantidades de bienes terrenos apropiados por uno, sino en los valores propiamente personales que sólo a la luz de Dios se descubren y valoran.

La fe en Dios no nos dejará vivir en paz en un mundo como el de hoy: no es un sedante, no es un tranquilizador para dormirnos olvidados de lo que pasa junto a nosotros. Todo lo contrario: es un estimulante, para



10 de abril 2009. Un Viernes Santo más, Jesús de la Merced pasa por el Portal del Comercio para estar al mediodía frente a Catedral, en donde lo espera el Sr. Arzobispo Rodolfo Cardenal Quezada Toruño.

Fotografía: Salvador Ruiz.

salir con fuerzas a luchar, a entregarnos por los demás, para redimirlos, para humanizarlos, para hacerlos hijos de Dios.

Quien de verdad cree en Dios sabe con dramática certeza que lo que llamamos “orden imperante” es una mentira; lo que impera es desorden, que no se ajusta ni poco ni mucho a los planes de Dios.

Quien cree en Dios reconocerá aterrado en el mundo deshumanizado de hoy un error mayor que el descubierto por Copérnico. Si la vuelta a la verdadera concepción de nuestro sistema solar mereció el nombre de “revolución”, también será “revolución” la vuelta al orden querido por Dios: “revolución de fe”, y sobre todo, “revolución cristiana” lanzada hace siglos por quien se llamó a la vez Hijo de Dios e Hijo del hombre.

El creyente sabe que Dios tiene providencia, pero que ésta respeta la libertad humana y el quehacer humano en la vida. Para el creyente, el recurso a la providencia no es una justificación de la quietud pasiva, de la irresponsabilidad, de la arbitrariedad imperada por el poderoso. Todo lo contrario, porque sabe que la providencia “colabora” con el hombre. El creyente no culpa a Dios de los males que ocurren, ni por verlos y detestarlos se dispone a firmar “el olvido de Dios”. El creyente responsabiliza al hombre, se responsabiliza a sí mismo, por lo que él mismo con su libertad hace y deshace. Por eso el creyente está inquieto, se angustia, se “revuelve” para salvar su responsabilidad de colaborador con la providencia divina. Ciertamente que Dios ha respetado como algo sacro la libertad humana; para ello no libera al hombre; al contrario, le compromete en una acción que le ha sido confiada. Es mejor nuestro “espacio humano”, libre y personal, aunque adulterado y contaminado por la corrupción, que el “espacio humano”, libre y personal, aunque adulterado y contaminado por la corrupción, que el “espacio sideral”, con todo su maravilloso orden infalible.

El creyente auténtico supera los pesimismo de moda, el derrotismo inoperante basado en el stress. Es consciente, por el contrario, de que el hombre puede poner orden en la convivencia humana.

Lejos de sentirse coartado por la idea de Dios para ponerse en acción, se siente impulsado por ella a responsabilizarse con un mundo desequilibrado hasta ponerlo en su punto: su fe le guía, su fe le impulsa, su fe le robustece, su fe le reanima y conforta para no caer rendido en la búsqueda tantas veces infructuosa de ese maravilloso reino de Dios tan lejano todavía de nosotros.



Viernes Santo 10 de abril 2009. Alegoría de las andas de la Santísima Virgen: Frase del Papa Benedicto XVI: "...junto a la cruz...te convertiste en Madre de los creyentes".

Fotografía: Salvador Ruiz.

El creyente es optimista. Tiene confianza. Camina seguro.

El creyente es combativo, está dispuesto a enfrentarse con un mundo en desorden por su poder y sus conquistas, dirigido por sus intereses y por la fuerza de poderes ocultos que lo pretenden manejar fuera de la ley.

El creyente es valeroso. Es audaz. Ama el peligro porque sabe que no sucumbirá en él.

Y ante un mundo profano y revuelto, el creyente profesa su fe en los destinos supremos del mundo y del hombre, destinos ultraterrenos si se quiere, pero que comienzan en la tierra y con la tierra. El creyente es fiel a la tierra, la ama, la sublima, la consagra como sacerdote, que, día a día rinde a Dios el sacrificio y el culto de un mundo mejor, de un mundo más conforme a la idea suprema del Dios creador.

La fe es comprometedora. La fe es exigente: pues la fe debe "revolucionar" nuestro mundo.

Por eso, es de valientes, de dinámicos, de hombres dispuestos a comprometerse en una acción sin límite, el creer en Dios, en Dios Omnipotente Padre de todos los hombres.



REDESCUBRIENDO ESA FE EN LA RELIGIOSIDAD POPULAR

En definitiva, los valores, positivos o negativos, de la religiosidad popular, se han discutido en toda la dimensión cultural religiosa del mundo. Es, y ha sido un tema de moda, frecuentemente aireado en las mesas de los tratadistas de la sociología religiosa, de la pastoral o de la moral. Para unos, todo en la religiosidad popular es deleznable. A otros, en cambio, les parece oro puro cuanto en ella reluce. Como siempre, la verdad está en un término medio.

El Papa Juan XXIII, supuestamente un Papa interino, puso en marcha una serie de eventos que sacudieron las bases de la misma Iglesia. A “Juan, el Papa bueno”, le conmovían en particular los gemidos de los pobres; en efecto, a menudo se le atribuye la frase “la Iglesia de los pobres”. En 1958 convocó al primer concilio ecuménico de la iglesia en casi un siglo. Se reunió en 1962 y tuvo como tema central el papel de la Iglesia en el mundo moderno. Si bien la preocupación por los pobres no fue uno de los puntos principales tratados, el Papa tuvo la oportunidad de expresar su preocupación por mitigar la pobreza. Del Concilio, que concluyó su labor en 1965, surgieron los cuestionamientos que los obispos latinoamericanos aplicarían a la realidad social y eclesial. No sólo desafió a los católicos a volver detenidamente a su fe y a su tarea pastoral, sino que también los exhortó a adoptar una postura más crítica frente a cuestiones de justicia elemental en la sociedad. El Concilio promovió además una participación laical más activa en el cumplimiento de la misión de la Iglesia, acentuada por el nuevo énfasis que se dio al estudio bíblico.

La proclamación del Evangelio no puede estar de forma alguna desconectada de la realidad en la cual vivimos. Soslayarla sería ya ser infieles al desafío del Evangelio. Los cristianos no podemos quedarnos plácidos o indiferentes frente a los hechos que la historia está poniendo delante de nuestros propios ojos.

Entender Guatemala en su complejidad es darnos cuenta que nuestro cristianismo es cristianismo de trasplante y que la fe a la que nos desafía el Evangelio no ha “cuajado” aún en nuestra sociedad, pues la unidad a que nos llama no puede darse desconociendo la realidad de una sociedad dividida por factores económicos, políticos y sociales. Este



Celebración de los 350 años de puesta en veneración la imagen de
Jesús Nazareno de la Merced de Guatemala.
Procesión en la Ciudad de Antigua. 26 de febrero del 2005.
Fotografía: Wilfred Monroy.

pueblo tiene una fe profunda que significa, primero, provocar una toma de conciencia lúcida, pero también apasionada y trágica, de la violencia criminal que los países ricos ejercen sobre los pobres del mundo, y que es la fuente del bienestar y de la paz de que ellos gozan, el genocidio lento e inexorable del cual ellos son objetivamente cómplices con su silencio, su pasividad, su indiferencia. Guatemala necesita que este clamor y sufrimiento de los pobres sacuda de una vez la conciencia de los ricos, provoque en ellos un sentimiento de indignación y de rebelión; haga estallar en las conciencias la contradicción tan aguda entre ser hombre, ser cristiano y caminar tranquilamente hacia Jericó, cuando los dos lados de la calle están llenos de muertos, de heridos, de enfermos de sida, de niños huérfanos, de mendigos, de madres desesperadas. No es una metáfora, es una pequeña parte de una realidad inmensa pero visible. Una parte muy grande de la humanidad se muere sin que la otra se entere. El mundo rico se ha organizado científicamente, no sólo para explotar a los pobres, sino también para encubrir su dolor y reprimir su clamor.

Evangelizar al mundo rico es hoy tarea de los pobres. Evangelizar el mundo rico es comunicarle primero la tremenda noticia de que los pobres se mueren. Es denunciar su pecado y perturbar su tranquilidad. Es llamar a convertirse comprometiéndose para la conversión del mundo.

Veo al Nazareno de La Merced caminando por las calles de su ciudad, en medio del hambre, el desempleo y a su vez acompañando a su pueblo necesitado haciendo vida el Evangelio. También escucho el llamado de Jesucristo a la oración: "Oren para no caer en la tentación" (Lc 22,40). Se trata de un llamado concreto en un momento de agonía, es decir, de lucha por la vida que le iban a arrebatar. Estoy convencido que la solución a la crisis vendrá de los esfuerzos puestos en la confianza orante en que Dios es más grande que nuestras debilidades y a la vez es fiel siempre a la vida que quiere suscitar hoy en esta sufrida Guatemala.

"Toma Señor, toma Señor y recibid toda mi libertad. Sé que encontraré mi alegría en Ti, Señor. Si me das la fe, si tu amor me das. Toma Señor, toma Señor y recibid toda mi libertad".

Orlando Aguilar s. j.

GUATEMALA, CUARESMA 2010



Inicio del recorrido de la procesión de Viernes Santo 2009
Al bajar del atrio a la 5ª. Calle, la luna alumbraba sobre la cúpula
Fotografía: Salvador Ruiz



Entrada de Jesús de La Merced a su templo.
Vista desde el altar mayor.
Fotografía: Salvador Ruiz.



FUNDACION
MARIALUISA
MONGE DE CASTILLO